



Pertenezco

Winning essay (2nd Place) of the 2010 Mundo Canuck Prize

by

Natasha Feo
History, York University

Mundo Canuck Prizewinning Essay

May 2010

MUNDO CANUCK PRIZEWINNING ESSAYS

Mundo Canuck Prizewinning Essays include papers submitted by students and selected annually by a committee of CERLAC Fellows. The selection committee does not suggest any editorial changes, and prize-winning essays may be slated for publication elsewhere. All responsibility for views and analysis lies with the author.

The Mundo Canuck Essay Prize is awarded annually to two York undergraduate students demonstrating exceptional writing on the experiences of Hispanic people in Canada. The first essay prize is worth \$800, the second \$450. The competition was established through a donation by Telelatino (TLN), a Canadian television channel that broadcasts programs of interest to the Hispanic and Italian communities.

Reproduction: All rights reserved to the author(s). Reproduction in whole or in part of this work is allowed for research and education purposes as long as no fee is charged beyond shipping, handling, and reproduction costs. Reproduction for commercial purposes is not allowed.

CERLAC

8th Floor, York Research Tower
4700 Keele Street
York University
Toronto, Ontario
Canada M3J 1P3

Phone: (416) 736-5237

Fax: (416) 736-5688

Email: cerlac@yorku.ca

Pertenezco

...Mis pies estaban plantados firmemente en el suelo con la arena mojada compresada entre los dedos. Estaba mirando intensamente el horizonte recordando la textura de la brisa calurosa soplando en mi cara. De pronto, un sentido de familiaridad. Aunque nunca había tocado esta arena anteriormente ni sentido este viento en mi cara, sabía exactamente cómo debería sentir. ¿Es posible estar tan cerca de casa y no poder alcanzarla? Un sentido de desesperación, un sentido de ira, después tristeza, y finalmente... inspiración. Después de la puesta del sol había enfrente de mí un lugar familiar, un lugar que no había visitado desde hacía mucho tiempo. Me pareció extraño, cambiado, pero todavía me jalaba y de repente, pertencí...

Me despierto. Miro a mí alrededor. Me siento desorientada hasta que la aeromoza insiste rápidamente que me apriete el cinturón de seguridad ya que estamos descendiendo. La complazco. Mi hermano está fijado en la película, desinteresado en el sentimiento de vacío en el estómago resultado de la gravedad que jala la aeronave. No me imagino lo que me espera al aterrizar.

“¡No entiendo qué hacemos aquí!” dice mi hermano ya no viendo la televisión.

“¿A qué te refieres? A ver a nuestra familia”. Le contesto no realmente escuchando.

“¿Pero por qué aquí? ¿Por qué no podemos regresar?” Pregunta buscando la verdad en mis ojos.

Yo sé que él no entiende. Tiene solamente siete años. No sé cómo contestarle.

“Es complicado Ale, pero estamos cerca y nuestra familia está aquí.” Le contesto sabiendo que realmente no le he contestado a su pregunta. “Todos nuestros primos van a estar aquí, y abuela, ¿te acuerdas de ella?”

Mientras Ale empieza a formular más preguntas en su mente, es interrumpido por el calor y la humedad abrumadora. Automáticamente, lamento el traje que escogí para esta ocasión; ya definitivamente no estamos en Canadá. “Bon Bini Aruba” dice una cara familiar mientras corre hacia mí. Por un segundo pienso que es mi propia madre. Hace diez años que no veo a mi tía y lo único que puedo notar es lo oscuro de su piel. Bajo la mirada hacia mis brazos, pálidos. Me pregunto si mi piel solía ser exquisita y exótica y si el color meramente se perdió como los recuerdos de mi propia patria. Durante el viaje al hotel, mis primos hablan rápidamente en una lengua que no conozco. Es español, pero lucho para entender. Ale se esfuerza para responder a preguntas fáciles. Sé que es difícil para él expresarse en español y las palabras que mis primos utilizan, o tal vez la rapidez de su habla, dejan a mi hermano perdido. Estamos con nuestra familia, pero aún todavía nos sentimos como foráneos. Por diez años extrañamos a esta familia extendida, ese lazo que la sangre te da. La falta de familia lo deja a uno muy solitario al inmigrar a Canadá.

Ale y yo empezamos a caminar en el sentido opuesto del hotel. Mi mente está nublada, los pensamientos no me dejan en paz. Trato de convencerme de que debo estar aquí.

Le empiezo a contar a Ale de nuestra vieja casa, de la casa en la playa a la cual íbamos todos los fines de semana. También le cuento de la vez que decidió retirarse de

primaria para vivir en la playa y lo duro que lloró cuando la Semana Santa terminó y nos tuvimos que ir. Yo sé que él no se acuerda pero estos cuentos lo hacen sonreír. Aunque nosotros no estamos muy unidos, hoy me siento más cerca de él que nunca. Seguimos caminando por la playa, contemplando a los turistas soleados acostados en sus sillas extensibles. Hay unas rubias jugando voleibol en bikinis mientras un grupo las rodea aplaudiendo. Envidio las espaldas bronceadas de aquellos sentados en la barra acuática disfrutando de 'happy hour'. Continúo caminando incapaz de disfrutar o entretener la idea de relajarme. Continuamos caminando hasta que finalmente la arena se acaba.

Mis pies estaban plantados firmemente en el suelo con la arena mojada compresa entre los dedos. Estaba mirando intensamente el horizonte recordando la textura de la brisa calurosa soplando en mi cara. De pronto, un sentido de familiaridad. Aunque nunca había tocado esta arena anteriormente ni sentido este viento en mi cara, sabía exactamente cómo debería sentirme. ¿Es posible estar tan cerca de casa y no poder alcanzarla? Sé donde estoy. Estoy parada al final de la isla. Me habían dicho que la podía ver en un buen día y me doy cuenta de que no hay ni una nube en el cielo. Directamente en frente de mí está mi hogar. Aruba y Venezuela están apartadas por quince millas, cuarenta y cinco minutos en ferry y diez minutos en avión. Un sentido de desesperación me encierra. Estoy lo más cerca que he estado en diez años. He anhelado volver a mi tierra para encontrar respuestas, para entender quién soy y de dónde vengo. Un sentido de ira me rodea. Me siento robada de un hogar, marginada en ambos países. Me acuerdo de Venezuela por sus playas hermosas, gente vibrante, calor y una infancia alegre. Entiendo que nunca voy a poder regresar. La política impidió mantener una vida normal, una vida que mis

padres deseaban darnos. Mis padres...la tristeza me consume cuando me doy cuenta de que no he dado suficiente valor a su valentía. Sé que extrañan a sus familias, sus carreras exitosas y un clima inexplicablemente perfecto. Durante mi dilema existencial ignoré la mirada de mi hermano. Parece que él me había estado observando por un tiempo y me doy cuenta de que una lágrima solitaria se ha formado en mi ojo derecho y corre pausadamente por mi mejilla. Incapaz de decirle algo entonces continúo con la mirada fija en el horizonte. Me esfuerzo por buscar una explicación para Ale, una manera de ayudarlo a entender...pero antes de que pueda decir la primera palabra, siento su mano navegando en busca de mis dedos. Su mano alcanza la mía y la tomo de una manera que expresa más que aquellas simples palabras que no puedo formar. En ese momento mi hermano menor sin decir nada me hace entender: yo pertenezco al lugar donde esté él; él es mi familia. No pertenezco a ningún país y a la vez pertenezco a los dos. Finalmente, me siento cómoda. Después de la puesta del sol hay enfrente de mí un lugar familiar, un lugar que no he visitado desde hace mucho tiempo. Me parece extraño, cambiado pero todavía me jala y de repente, pertenezco